

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
FACULTAD DE DERECHO
BIBLIOTECA

LOS HOMBRES DE GOMA

POR

ENRIQUE KUBLY

CUADRO PRIMERO

75270

JULIO HERRERA Y OBES



IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES

Calle 18 de Julio, 77 y 79

1894

Catalogado 20.20...

Copia1.....

LOS HOMBRES DE GOMA

forman al mismo tiempo que una galería de los personajes que componen el mundo oficial de la República, un estudio de costumbres políticas uruguayas, y se publicará periódicamente por cuadernos iguales al presente.

El segundo cuadro, titulado

UN GABINETE PARTICULAR,

verá la luz pública próximamente.

I

El candidato y el Presidente

Todo fué regocijo y entusiasmo al subir el doctor Herrera al poder, después de las vicisitudes que pusieron en peligro su candidatura. Hubo grandes manifestaciones de adhesión de nacionales y de extranjeros; la juventud le festejó con un banquete, y se pronunciaron, en las plazas y en las calles, discursos apologéticos del hombre ilustre por sus propios hechos y por los de sus antepasados. La noche de aquel día primero de Marzo casi todos los colorados, muchos blancos, y hasta algún constitucionalista, partidarios del caudillo civil, se abrazaban conmovidos en la casa del vencedor, y él, rebotando satisfacción, con los ojos brillantes por el

57178
31 ENE. 2020

júbilo, viéndose llegado al logro de sus más ardientes aspiraciones, apretaba efusivamente las manos de sus amigos y se dejaba abrazar, con esa inconsciencia producida por la turbación de ánimo y resultado de las emociones de la victoria, por todos los que se le acercaban, fuesen ó no personas de su conocimiento; y la apiñada gente y su coro de alabanzas incesante, daba á los lujosos salones del nuevo magistrado el aspecto y el rumor de inmensas colmenas.

Los unos recordaban algún rasgo de su carácter viril é inflexible, los otros sus apasionadas defensas de las libertades públicas y sus violentos y abrumadores apóstrofes á los gobernantes arbitrarios; éstos se hacían lenguas de su lealtad y su consecuencia á los amigos; aquellos que esperaban la recompensa de sus esfuerzos y sus sacrificios en la campaña terminada tan felizmente, loaban su generosidad, limitada, según sus propios dichos, durante su ministerio, únicamente por la mala voluntad del general Tajés. Todos esperaban que una nueva era de progreso moral para la

patria surgía de la exaltación á la Presidencia de aquel representante del amor á todo lo que es noble y elevado y digno de glorificación, y que se acababan para siempre en la República, de parte de los gobernados, las agitaciones tumultuarias y los motines cuarteleros, y de parte de los mandatarios las coacciones sobre los pueblos, la corrupción erigida en sistema político y el triunfo de las vulgaridades y de las nulidades grotescas, erguidas en los más altos puestos del Estado para desaliento de todos los que, teniendo ideales, ven con tristeza cómo pasan estériles para el bien los años y las décadas, cómo acrecienta el ejemplo de los que dominan el escepticismo de los ciudadanos, y cómo desaparecen rápidamente los hombres de hierro, y cómo van reemplazándoles sin cesar los hombres de goma.

Era aquél un cuadro brillante, y tan lleno de animación como lo es siempre el de una reunión de hombres halagados por la esperanza de un porvenir risueño. El entusiasmo es comunicativo. Vimos allí estrecharse cariñosamente entre los



brazos á hombres que no habían cambiado nunca una palabra, y á otros que no tenían, seguramente, razones para simpatizar. Era la sugestión del júbilo general que los empujaba, por un efecto de atavismo simiano, á hacer lo que hacían los demás. Los colorados veían ya triunfante á su partido; el recuerdo de la bandera roja flotando sobre lo alto de la torre de la luz eléctrica, cruzaba por su imaginación dándoles la convicción de que no habría más divisiones ni gobiernos heterogéneos. Los blancos contaban con la garantía de la libertad electoral, y soñaban con tener en la próxima legislatura la mitad de la Cámara de diputados. Los partidarios del Gobierno de un civil veían en el poder á un hombre de energía, de talento y de dotes excepcionales, que sabría concluir para siempre con los presidentes militares, y el resto de la concurrencia, admiradora de Julio Herrera, creía sencillamente en él y de él todo lo esperaba: buena administración, buenas leyes, adelantos materiales, y moralidad indiscutible en el orden político.

Acostumbrada la juventud á oírle elo-

giar como la esencia del civismo uruguayo, enemigo audaz é irreconciliable de los despotismos, veía en él al intrépido joven, desterrado quince años antes en la barca *Puig* por el Gobierno de Varela, y, al contemplarlo al fulgor de tanta luz como se reflejaba en los espejos, les parecía, en su ilusión, que tenía, á pesar de su conducta poco heroica como Ministro del General Tajés y de su participación en asuntos políticos algo turbidos, la aureola luminosa del martirio en la frente, y les parecía también que las palabras más insignificantes que pronunciaba para agradecerles la felicitación, tan repetida la noche aquélla, eran tan dulces como pudieron serlo las del divino Platón, en derredor de cuyos labios es fama que, cuando hablaba, revoloteaban afanosas las abejas del Monte Himeto.

¿Quién no recuerda todo esto? No es historia antigua: todavía no han pasado cinco años, y él está todavía allí, con algunas canas más que entonces, pero siempre joven, siempre decidor, siempre cáustico. Él está allí, pero falta la ad-

miración de otros tiempos; está el hombre, falta el pedestal: los mismos que se lo alzaron por cariño lo han demolido por odio. Le quedan unos pocos fieles, entre ellos algunos que no eran amigos la noche de la gran victoria. El número es reducido, y todos están bien colocados: son diputados, senadores, jefes de batallón y empleados bien rentados. ¿Es lealtad sincera, es deber de consecuencia, es prudencia de tiempos nublados cuando falta un guía seguro para aventurarse por caminos oscuros, ó es conciencia de la fuerza del maestro? Yo no lo sé, ó no quiero saberlo, ó no quiero decirlo. Constato solamente que han desaparecido los apasionados de otra época, más lejana por los sucesos que han abismado tantas ilusiones que por los años transcurridos, que á la esperanza sucedió el desaliento, y que allí donde todo fué luz todo parece sombra (1).

(1) Al hablar del «círculo de Herrera y de los amigos de Herrera» me refiero á los políticos y excluyo á los antiguos amigos personales cuya sinceridad no pretendo poner en duda. Valga esta observación para todas las veces que de esto se hable.

Los menos obcecados de sus amigos confiesan que efectivamente es hombre impopular, pero creen que esto es debido á que el pueblo uruguayo es un conjunto heterogéneo de elementos sin cultura política y con escaso discernimiento. El hombre, dicen, es tan grande, más grande quizá que antes: los otros no lo ven así porque son incapaces de apreciar su grandeza. Los errores no son tales errores, sino que son hechos de una trascendencia cuya magnitud escapa al estrecho criterio del vulgo. Sólo los iniciados, los que le rodean, los que oyen continuamente su palabra, los que tienen el entendimiento formado en la enseñanza diaria de Julio Herrera pueden llegar á saber lo que para la patria y para la humanidad importarán los resultados de la obra del atleta. En tanto, los que esperaban progresos materiales no los vieron; la inmigración cesó completamente, quedó el crédito de la República anulado en el exterior, el país estuvo en plena anarquía política, el decaimiento financiero llegó á alcanzar proporciones de ruina y de miseria, el gobernante fué

tan detestado como querido había sido el candidato, y fué tan triste el día de su descenso del poder, que todo el mundo, mientras los más exaltados silbaban á Duncan Steward, mezclaba, en sus imprecaciones al interino extranjero, el nombre de Julio Herrera, como síntesis de todo lo malo que puede sobrevenir á una sociedad medianamente organizada.

A las doce de la noche puso con desgano la banda, insignia del poder, sobre el pecho del presidente del Senado; se oyeron algunas vivas destemplados de entusiastas oficiales y, seguido de un grupo diminuto de hombres descorazonados, marchó á su casa, intranquilo y cabizbajo, por las calles solitarias, escoltado por un piquete de gendarmes, amargado por su impopularidad, que nunca vió tan manifiesta como en ese momento, agitado por las incertidumbres del mañana y entristecido, á pesar de su blasonado escepticismo, por la visión radiante de aquel otro primero de Marzo, que le mostraba que había malogrado su gloria, porque á su edad y después de ser todo lo que él había sido, no era ya posible rehacer la vida.

II

El hombre de Estado

Sus íntimos, que son sus admiradores y no le discuten, le proclaman un gran hombre de Estado; sus adversarios, que le odian, lo juzgan un intrigante. Sus enemigos son injustos; pero, para ser lo que pretenden sus amigos ¿qué títulos invocar? La inteligencia que ha demostrado para derrotar á sus antagonistas puede conquistarle el renombre de gran político, dentro de su colectividad, pero si tuvo talento bastante para vencer á tantos, ¿no es prueba evidente de su inhabilidad, el hecho de que, llegando al poder con tal popularidad, haya bajado tan desprestigiado que baste á mantener el país en un estado de postración afflictiva, la idea de que, conservando Herrera su dominación sobre el actual gobernante, es po-

sible que llegue un día en que tenga la República que soportarle nuevamente en el poder? Gran hombre de Estado es aquel que, dirigiendo con acierto los negocios públicos de la Nación, hace obra digna de encomio y el pueblo le considera con merecimientos suficientes para rendirle el homenaje de su gratitud. ¿Dónde está la obra de Julio Herrera para medir, por su grandeza, su gloria de estadista?

La opinión pública puede extraviarse, como en el caso de Julio Ferry, que se retiró á la vida privada abrumado por el peso de la reprobación del pueblo francés, y que, vuelto á la vida activa de la política seis años más tarde, fué elegido Presidente del Senado por una inmensa mayoría, y tenido por candidato seguro para suceder á Sadi Carnot, si la muerte no le sorprende á los veinte días de su resurrección política. La prensa toda de la Europa, dijo, al hacer su necrología, que era Ferry el más grande hombre de Estado de la Francia contemporánea, y su entierro probó que los franceses, volviendo de su

error, así también lo creían. Pero la obra de Julio Ferry era la extensión del poder colonial de la Francia; obra discutible, pero obra grande, un ideal de gloria para la patria; ideal quimérico para unos, insensato para otros, imprudente para muchos, pero ideal al fin de un sentimiento patriótico del que había que excluir, como se había excluido ya en los últimos días de su vida, la suposición de todo móvil personal, y como personal mezquino. Pero ¿dónde está, repito, la obra de Herrera? ¿A qué gran conquista moral ó material tendieron sus esfuerzos? No fué su ideal la grandeza de la patria ni la de su partido, no lo fué la moralización del ejercicio de los derechos políticos, no lo fué el engrandecimiento comercial del país, no lo fué la implantación de industrias, ni el aumento de la población por medio de la inmigración europea; ¿qué hizo entonces, ó qué intentó hacer siquiera, si todo quedó después de su gobierno, y sigue aún, peor que antaño?

Semejante á un general que sitiando una ciudad la bombardea para rendirla,

Alberto Capurro. Y no demostró nada, y cada paso que dió fué un descalabro. El Banco Nacional, después de haber causado la ruina de muchos particulares, comprometió al Estado en varios millones y el curso legal trajo, como consecuencia inevitable, la desconfianza del comercio, la paralización de las operaciones mercantiles, el malestar económico de todo el país y la pérdida del crédito en Europa.

Y tras los resultados de tan desatinada gestión financiera, vinieron las medidas coercitivas en el orden político para combatir á la oposición, y vino aquella extraña tragedia de la Unión, y los decretos sobre la participación de los militares en la política, y la ley de elecciones que da á los empleados del Poder Ejecutivo el carácter de árbitros de las elecciones, y todo aquel cúmulo de pequeños y grandes escándalos electorales que trajeron los veintiún días, y que no hubieran, sin embargo, bastado á salvar al gran hombre de Estado de una derrota completa, si una serie de contingencias

y que luego que de ella se ha apoderado se lamenta de no haber conquistado más que un montón de escombros, y no tener dónde guarecerse de la intemperie, el doctor Herrera, Ministro de Tajés, empujó el Banco Nacional á la ruina y fomentó toda clase de aventuras financieras que pudiesen allegarle elementos para subir á la Presidencia. Subió justamente en el momento en que todo se desmoronaba, y con esa seguridad vanidosa que forma la base de su carácter tan complejo, se creyó capaz de hacer frente al derumbe, sin más auxilio que la fuerza inventiva de su inteligencia nada vulgar, por cierto, pero no tan vasta que pudiera bastar á resolver todos los problemas que le abrumaron desde los primeros días de su gobierno. Llamó, es verdad, al doctor Pena, pero no para seguir, ni por lo menos tomar seriamente en consideración sus indicaciones, sino para demostrar que no existía en el país más talento financiero que él mismo, una vez que Pena se hubo retirado del Ministerio combatido en sus proyectos por sus colegas Blas Vidal y

imprevistas y la división, la mala fe recíproca de los grupos de la Cámara adversos á su política y la candidez, ó ineptitud, de sus demás adversarios, no le hubiesen dado, al final, un triunfo con que seguramente no contaba en los últimos días de su deplorable gobierno.

No fué la suya, y hay que reconocerlo, administración de derroche de los dineros públicos, pero fué administración desastrosa, política y económicamente considerada. No dejó gran déficit, pagó cuarenta y ocho presupuestos, pero ¿cómo? Rebajando los sueldos de los empleados y pensionistas todos del Estado, en una décima parte, suspendiendo los intereses de la deuda exterior durante muchos meses, reduciendo á tres y medio el cinco por ciento de la unificada, no pagando un céntimo de amortización y recargando enormemente los derechos aduaneros. ¿Era menester ser un genio político para casi cumplir sus compromisos, cercenando considerablemente el presupuesto de gastos y abrumando el país con las contribuciones? Tuvo la República la paz material, por-

que no hubo revoluciones armadas, pero ¿no vivió el pueblo cuatro años en medio de continuas zozobras, temiendo á cada momento un disturbio, temiendo, digo, y quizá y sin quizá deseando que el doctor Herrera fuese derrocado y, me atrevo á decirlo, soñando, como un mal menor, con una dictadura militar honrada que concluyese con las zozobras y las incertidumbres del gobierno civil, de aquel que un día fué considerado como la encarnación de todas las virtudes cívicas? ¿Cuáles fueron entonces los bienes que trajo su gobierno, y dónde buscar, para juzgarle grande hombre de Estado, no los resultados plausibles de sus esfuerzos, porque no hubo sino efectos desastrosos, pero siquiera la prueba de sus tendencias progresistas, de sus aspiraciones de gobernante moralizador, la demostración, por lo menos en lineamientos generales, de que el doctor Herrera perseguía un ideal, que, aunque discutible, acusara grandeza de miras patrióticas y humanitarias?

III

Fisonomía moral é intelectual de Julio
Herrera

Hombre de talento lo es, pero es más propiamente dicho hombre de ingenio. Es sagaz, sutil y perspicaz. Es ameno en su conversación, y oportunamente satírico. Su círculo le admira en demasía porque entre los que le rodean hay excelentes personas, de buena conducta y de buenos sentimientos, pero no hombres competentes para juzgarlo. Como superior dirige la conversación y habla de lo que él entiende, y á veces también de lo que no entiende, y como los demás saben mucho menos que él, campea libremente por sus respetos por los dominios del arte y de la ciencia sin temor de verse rebatido. Silenciosos y abismados por su elocuencia, le escuchan sus admirado-

res con atención religiosa. Él cuenta sus aventuras, en que siempre es héroe; y cuenta las aventuras ajenas como hechos en que él hubiera actuado como protagonista, y como tiene un aplomo imperturbable, aunque se contradiga é incurra en inexactitudes flagrantes, siempre sale airoso, porque se le perdona todo fácilmente en razón de la superioridad de su posición política, que coloca á los oyentes en la categoría de subalternos, y porque hay en su manera de referir las cosas más triviales, una amenidad que resarce al auditorio de la alteración de la verdad histórica.

Para hombre de letras—no digo periodista—sabe muy poco: su erudición es muy superficial; pero considerado como hombre de sociedad, y como político—en nuestro país,—resulta una ilustración. Gran lector de Macaulay, juzga por su autor favorito á Shakespeare y á Pitt, á Machiavello y á Napoleón primero. No ha ido—por falta de tiempo ó por falta de afición al estudio—á los libros de los escritores ni á los hechos de los estadis-

57178
31 ENE. 2020

tás y conquistadores, para formarse una idea propia del mérito de las grandes figuras de la historia: busca una opinión respetable y se escuda con ella. Si está equivocado, tiene por cómplice á Macaulay, y si Macaulay yerra en sus juicios, no es menos cierto que Macaulay es autor muy citable, que tiene alta reputación—exagerada, sin duda alguna, hace algunos años y que el tiempo reduce á proporciones más modestas,—y que es realmente escritor de no escaso valer. Los que oyen á Julio Herrera invocar el testimonio del historiador inglés, piensan que cuando Macaulay lo dijo, estudiado lo tendría. Y como Macaulay aparece siempre en toda conversación y en todo documento político de Julio Herrera, ha llegado á tener entre nosotros una celebridad especialísima, y no extrañaré que, allá en el fondo de algún departamento, alguien se pregunte, cuando algo grave ó sensacional acaece en la República: ¿qué dirá ahora Macaulay?

Nadie se atrevía, seguramente, á poner en duda la alta ciencia del espiritual Pre-

sidente, ni nadie se atreve tampoco hoy, aunque ya no gobierna, y él expone con todo aplomo sus diversas teorías políticas, artísticas y científicas, porque él lo sabe todo: derecho constitucional y numismática, economía política y balística, pintura, escultura, arquitectura: ¿qué más? Lo han oído, amigos suyos, discutir muy seriamente con un armero las excelencias de los diferentes fusiles modernos más perfeccionados, y con un maestro albañil la manera más conveniente de apuntalar una pared de su casa que amenazaba derrumbarse, y la mezcla más conveniente para la argamasa. Él, que nada ignora, lo habla todo con una gravedad tal que deja perplejo, aturdido y derrotado á su interlocutor que carece de elocuencia suficiente para rebatirle.

Tiene una gran indulgencia, y hasta casi bondad, por sus amigos ignorantes, y por los faltos de inteligencia, porque comprende que son los que más le admiran: á algunos les perdona hasta que le hayan abandonado en un momento que le creían perdido, y los recibe en su casa

como hijos pródigos, cuando vuelven contritos y arrepentidos. Los ve tan pequeños y tan insignificantes que goza con su propia grandeza, y con no hacerles ningún daño. En cambio le parecen seres malignos todos los hombres de talento, y cuida de que no lleguen nunca á posiciones donde puedan adquirir notoriedad por sus conocimientos ó su habilidad política. Él quiere servidores, y no rivales. ¿Es ésta la confesión tácita de que desconfía de sus fuerzas, y de que sabe que sólo puede ser jefe ó director de hombres muy inferiores intelectualmente á él mismo? Yo no lo sé; pero lo que puede asegurarse es que, siendo absolutista y queriendo para sí toda gloria y todo aplauso, rechazará siempre obstinadamente toda personalidad que considere capaz de disputarle el mérito de una obra cualquiera. He ahí por qué hizo mal gobierno, con loable intención, sin embargo, de hacerlo bueno; y he ahí por qué, si vuelve á gobernar, su administración será tan desgraciada como la anterior. El amor propio anula sus buenas condiciones de estadista:

él quiere realizar lo que nadie ha pretendido en el mundo: hacerlo todo por sí mismo; lo que no intentó Pericles, que oyó las opiniones de Sócrates y de Anaxágoras y vivió en contacto diario con ellos y con los más notables hombres de Atenas; lo que no hicieron ni intentaron hacer ni César Augusto, ni Luis Catorce, ni Napoleón primero, que fueron déspotas con gran talento y vanidosos; lo que no intentó en Francia Thiers, con ser Thiers, ni en la Argentina Sarmiento, con ser tan presuntuoso: prescindir del consejo de todo el mundo por juzgarse superior á todos y en todo.

No acepta nunca las ideas ajenas, salvo las de Lord Macaulay, que era inglés y que se murió hace treinta ó cuarenta años. Su absolutismo en este punto es inflexible: él no quiere proyectos ajenos, quiere poner en práctica los suyos propios, aunque corra el riesgo de cometer un error, cuyas consecuencias sean funestas para el país y para él mismo. Si su gobierno hubiera sido bueno, la gloria sería exclusivamente suya; fué malo y no tiene con

quien compartir la responsabilidad de sus actos. Defecto grande, en un gobernante, y causa á menudo de desgracias para los estados, este empeño, esta obcecación en hacerlo todo por sí solo y no escuchar nunca opiniones, es lo que forma el rasgo más característico de la personalidad de Julio Herrera, que, mareado por el aplauso constante de sus adictos, ó convencido de su superioridad indiscutible sobre los que le rodean, ha llegado á considerarse el único hombre del país capaz de abordar, y resolver con acierto, cuanto problema se puede presentar al encargado de regir los destinos de un Estado, y así fué que él se ocupó directamente de las Relaciones Exteriores, de la cuestión finanzas, del gobierno interior del país y de la organización del ejército, porque él lo ve todo, lo sabe todo, y adivina lo que no ve, ni le han contado, ni puede, por consiguiente, saber sin ayuda de artes ocultas.

Esto le conquista la admiración entusiasta de su círculo, y para él ser admirado es la suprema satisfacción del hombre. Sus amigos lo saben y no le esca-

timan los conceptos elogiosos y las exclamaciones de asombro que les causa su prodigioso conocimiento en todos los ramos del saber humano. Le prodigan las mayores lisonjas por sus más triviales frases, por el éxito de sus combinaciones políticas, por la frescura de su tez, y por sus magníficos efectos en el juego de la carambola; y él indiferente y escéptico que duda de todo, cree, sin embargo, en la sinceridad de los que le ensalzan, no porque los juzgue hombres incapaces de alabanzas exageradas para halagarlo, sino porque, considerándose muy por encima de todos sus compatriotas y lleno de méritos insuperables, piensa que lo que dicen tiene por fuerza que ser la expresión de sus opiniones, por cuanto él vale tanto, que cualquier homenaje que se tributa á su inteligencia es insignificante con respecto á la realidad. Durante un tiempo, supuse yo que, como aquel magnate que decía á un cortesano: « Bien sé que mientes para adularme, pero prosigue porque me agrada lo que dices », Julio Herrera oía las alabanzas sin darles importancia y sobre

todo, sin creer en ellas, pero me convencí luego de que su amor propio le impide poner en duda la espontaneidad de los conceptos ponderativos que murmuran algunos de los que van diariamente á rodear su mesa mientras almuerza, á contemplar sus proezas en el billar, y á oírle dar su parecer, que es decisivo, en cuestiones políticas.

Es todo lo que pide á sus amigos, y á los que gratifica con órdenes contra la tesorería ó con empleos, con diputaciones y senaturías cuando gobierna; con recomendaciones, con esperanzas y con promesas en los intermedios ejercicios del poder. No se preocupa de saber si sus adeptos son hombres dignos y leales por carácter, porque en política la lealtad de sentimientos para nada la tiene en cuenta, pues que él paga los servicios, hace regalos pero no tiene amistad por nadie. Cree en la fuerza del interés, en la falta de valor, en la irresolución y en la ineptitud de los demás, y esto le basta. Quizá ha sospechado algunas veces que jefes militares andaban con planes de pronuncia-

miento, y no los ha temido porque juzgaba que no eran capaces de resolverse á nada. No los consideraría leales, los tendría por ambiciosos, y comprendía que si se hubiesen atrevido le habrían derrocado, pero los había estudiado, sabía que eran hombres prudentes y temerosos de un fracaso, y estaba tranquilo porque los militares prudentes que vacilan ante un acto de audacia, no son nunca peligrosos. Les dejaba en sus puestos porque le inspiraban confianza plena, no por fieles, sino por inhábiles. Si al principio de su gobierno temió á los militares, fué porque no los conocía; luego que los vió de cerca, reconoció que nunca debieron haberle asustado, y que si hubo un Latorre y un Santos, que alcanzaron con el brazo donde habían llegado con el pensamiento, fueron ellos los últimos representantes de esa especie de hombres fuertes, enemigos formidables de abogados hábiles, y es así que los otros, los que quedan, los que algunos consideran temibles, son por él desdeñados y los que muchos llaman tigres con piel de oveja, él tiene por ovejas con piel de tigre.



Si al ver tanto abajamiento en los que se le allegaron solicitando humildemente favores, pudo convencerse de que sus compatriotas deben tenerse por honrados con que él les gobierne, al analizar los elementos de fuerza que los partidos presentaban como base de sus exigencias de gobierno, llegó á la conclusión de que aquí nadie es nada y que nadie aquí vale nada; que la opinión pública es la síntesis de la murmuración incoherente é insustancial de los desocupados; que los diarios reflejan las opiniones de sus redactores, opiniones susceptibles de ser modificadas por diputaciones y senaturías; que los llamados caudillos tienen únicamente el prestigio que el gobierno quiere que tengan; que el ejército es un simple auxiliar de la policía para los días en que haya aglomeración de gentes en las calles y plazas y que á los pilluelos se les ocurra vociferar contra algún ministro extranjero; que no hay patriotismo, que la aspiración de todo hombre de ideas definidas es emigrar, y la de los demás un puesto bien rentado; que ni habrá ya

motines cuarteleros, porque no hay quien los haga, ni revoluciones populares, porque no hay pueblo; que los hombres viejos sirvieron de poco y ahora no sirven de nada, pero que los jóvenes empiezan por no servir para nada y concluirán peor que empiezan, porque no tienen ni aspiraciones ni ideales, y que nadie podrá, de hoy en adelante, disputarle la dominación absoluta de esta tierra, que si no es grande ni muy rica, le basta á Julio Herrera, administrándola medianamente, para vivir cómoda y tranquilamente los últimos lustros de su existencia, que, á atenernos á lo que dicen los diarios, será larga y apacible, según vaticinios de un discípulo aventajado de los fakires de la India, que le reveló su porvenir por las líneas de su mano dadivosa (1).

(1) El llamado Conde Dás: le ha predicho que vivirá hasta la edad de ochenta y cinco años.

IV

Planes de dominación

Desde el primer día de su Presidencia, sino antes, Julio Herrera pensó en Ellaury para dejarle la sucesión del poder. Era entonces, y fué siempre, su candidato ideal. Con Ellaury ningún temor de veleidades políticas; es hombre que no hubiera soñado con independizarse de la tutela de su protector, amigo y pariente. Ellaury no se preocupa para nada de los intereses del Estado, ni de los negocios políticos; su afán—él mismo lo ha dicho públicamente—es rehacer su fortuna: no es un estadista, es un negociante. En la Presidencia hubiera sido un mero sustituto de Herrera, y éste habría podido manejar á su antojo el país. Pero Ellaury es un tímido; fué derrocado por un pronunciamiento, y detesta tanto como teme á los

militares. En vano Herrera trató de demostrarle que ya nadie se subleva: él tenía miedo, y el miedo dió vigor á su voluntad apocada y le hizo resistirse. Cuando aceptó era ya tarde: había perdido muchos votos, y aunque fué elegido, lo fué con el número estrictamente necesario que marca la Constitución. Renunció, poniendo el colmo á sus vacilaciones, y Herrera se encontró sin candidato serio, y verdaderamente aterrado de su situación, que debió parecerle casi desesperada.

Fueron para él aquellos momentos, eternidades de angustia y de zozobra. Dicen que pensó en la dictadura. Yo no sé si esto es cierto: creo que en su desesperación debió pensar en todo antes que en abandonar el poder que se le escapaba de las manos para siempre; pero el ejército no lo acompañaba y él veía con espanto cómo se desvanecían sus esperanzas y cómo al día siguiente, si no triunfaba, los aduladores de la víspera serían los primeros en llamarle ambicioso vulgar y decir de él, como habían dicho de Santos desterrado, que tenía la neurosis del mando. Había

soñado con dominar toda su vida, transmitiendo el mando temporalmente, cada tantos años, á una criatura suya sin talento y sin energía, para reasumirlo cuando lo tuviese por conveniente, y veía, en una hora, malogrados todos sus esfuerzos, y comprendía que había que luchar sin tregua porque en ese instante supremo peligraba su porvenir y peligraba su vida, porque ¿qué podía importarle la vida después de la derrota que lo condenaba á la impotencia, porque todo el mundo, por odio ó por envidia, con razón ó simplemente por maldad, hubiera contribuido con entusiasmo á abrumarle, y á cerrarle el camino que pudiera conducirle de nuevo á los honores?

Él había hecho sus planes. Dejaba el poder á un hombre de goma, y gobernaba desde su casa. Todo permanecía en el mismo estado, sus hombres de confianza conservaban sus puestos, no se removía á nadie. El hecho más insignificante que ocurriera en el Palacio de Gobierno llegaba de seguida á su conocimiento. Los ministros serían personas honorables, sin

prestigio y sin ideas, sin energía y sin inteligencia; respetables nulidades, empleados más ó menos laboriosos, satisfechos con la posición que nunca soñaron, y con el sueldo que les da una existencia cómoda, incapaces de un acto de resolución, y que no pondrían nunca trabas al ejercicio de su voluntad. Él no aparecía ostensiblemente, pero todo el mundo diría que él seguía gobernando, y todo el mundo creyéndole —como sería positivo— el árbitro de la política, se agruparía en derredor suyo y le formaría una corte que él pagaría sobre todo con promesas, para no independizar á los frágiles. Cuando llegase el momento de las elecciones senaturiales se haría elegir conjuntamente con Ellaury y algunos otros fieles, y, una vez compuesta la mayoría en el Senado, podría esperar tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos poniendo, á todo evento, á Ellaury en la Presidencia de la alta Cámara, porque ¿quién responde del mañana? La Presidencia podía quedar acéfala por cualquiera de las tres causas de que habla la Constitución; un Presidente puede

renunciar ó puede morir, de muerte natural ó de muerte violenta. Aquí no hay ya revoluciones, ni motines, pero ¿no hubo un mísero Ortiz que hirió malamente á un poderoso como Máximo Santos? Lo mismo puede aparecer cualquier día otro, que realice la criminal aventura de matar á un gobernante por cuenta propia, ó por cuenta ajena.

Ellauri en la Presidencia del Senado sería la garantía de la dominación de Herrera. Pero si Ellauri, que es débil, se aterraba ante una situación difícil y llena de peligros, él, Julio Herrera, que había sido elegido Senador, tomaría su puesto y asumiría entonces el gobierno de la República. Mas suponiendo que todo marchase bien, que Ellauri cobrase ánimo y el sustituto en el poder fuese dócil, Herrera dueño de la mayoría de ambas Cámaras, con sus amigos de Jefes políticos, oficiales mayores, y empleados superiores y subalternos en todas las reparticiones del Estado, continuaría en su casa sin sobresaltos y sin agitaciones de ningún género, preparando, desde ya, una

lista de los diputados de la próxima legislatura, la que debería elegirlo á él nuevamente Presidente de la República, por cuatro ó por seis años. Sus ocios los dedicaría á buscar el mejor medio de anular á los hombres considerados prestigiosos, y á sustituirlos con esos hombres que sólo él sabe encontrar, seres que no pueden hacerle nunca sombra, y que no representan más valor que el que les da la posición que ocupan merced á la protección oficial, y que, gozando fama de respetables, dan, por su nulidad tanto como por su naturaleza flexible y á todo amoldable, una triste idea de la respetabilidad uruguaya.

¿Y todo esto había de fracasar? ¿Este hermoso plan de dominación, obra de un ingenio feliz y fecundo en inventivas, había de quedar reducido á un sueño de Czar? Debió sufrir cruelmente este hombre, durante algunas horas. El resultado de la elección lo tranquilizó: había triunfado un amigo. ¿Era lo que él deseaba ó se resignaba, recordando los temores de asistir á sus propios funerales políti-

cos? Todavía nadie ha dicho la exacta verdad de lo ocurrido, pero el velo va á descorrerse muy pronto, y cada cual sabrá á qué atenerse respecto de un hecho tan diversamente comentado, y comprenderá si Herrera es la más fuerte cabeza de la República, ó un espiritual iluso que sueña despierto.

V

Las visiones de Julio Herrera

Acaban de llegarle las noticias de las elecciones senaturiales en los cuatro departamentos: él ha salido por Soriano y Ellauri por el Salto; justamente en donde más impopulares son ambos. Julio Herrera no festeja el triunfo; no es triunfo, es un resultado de antemano asegurado: estaba escrito. Yo me lo figuré sentado en un sillón, con los codos sobre la mesa cubierta de papeles y la barba

apoyada en las manos abiertas que le cubren casi por entero el rostro, llena la fantasía de visiones del porvenir. Verá desfilar el ejército por su casa, y verá las banderas de los batallones arrastradas por el suelo en señal de acatamiento y de homenaje; verá acudir á su casa, á inclinarse ante él, sumisos y radiantes los fieles de los últimos tiempos, y temerosos tanto como humildes á los que le abandonaron en las jornadas de Marzo; verá los numerosos generales y los innumerables coroneles y comandantes, cuyos entorchados, charreteras y galones resplandecen con el sol, correr en tropel á agolparse á su puerta, solicitando el honor de contemplarle para que les recuerde el día de la distribución de grados; verá los solicitantes de empleos y de órdenes contra la Tesorería formar legión y no poder ser admitidos en la casa sino por grupos; verá los aspirantes á diputados de todos los partidos, que se ofrecen á servirle incondicionalmente, pular de tal manera que haya que habilitar salones de espera para ellos solos;

verá antiguos Ministros y antiguos Presidentes, asistir silenciosos y llenos de respeto á sus comidas y á sus partidas de billar; verá los grandes caudillos venir á pedirle humildemente les haga saber á quién han de patrocinar en las futuras elecciones, y verá, en fin, acudir á pedirle la palabra de orden á los Presidentes de las Cámaras, y á todos ó casi todos los miembros del Poder Legislativo.

Y pasarán por su imaginación, como las vistas de un inmenso kinetoscopio, los diferentes cuadros de su poderío y de su grandeza; y verá teatros con notables compañías de ópera, repletos de gente que le admira, que le envidia y que le odia porque él es omnipotente; y verá, en los días clásicos de la patria, sus salones atestados de personas de significación social y financiera, y todos los políticos y todos los militares inclinándose ante él respetuosos y reverentes, y él triunfante, superficialmente afable como todo verdadero gran señor, recibiendo á sus invitados como un autócrata recibe á su corte;

y se oirán allí los acordes de la orquesta y las voces de los primeros cantantes que haya en el país, y rumores de conversaciones animadas, y ruido del chocar de copas y exclamaciones de admiración por el arreglo primoroso de la casa, y luego, de pronto, empezará á reinar el silencio, y todos escucharán la voz del grande hombre, del augusto anfitrión que hablará al corazón de sus oyentes, diciendo con tono elocuente é impregnado de esa emoción profunda que es prueba de la sinceridad del orador: «me he sacrificado por el bien de todos y he sufrido: haga Dios que mi sacrificio no sea estéril para la felicidad de la patria.»

Y luego vendrá el último cuadro, el único sombrío de su visión radiosa. Ha gobernado cuanto ha querido. La madre naturaleza murmura á su oído el llamado al descanso: es la hora de dormirse para siempre. En torno de su lecho de muerte están todos los fieles, y muchos aspirantes á diversas cosas. Los ha hecho aproximarse, no como Octavio Augusto para preguntarles si ha desem-

peñado con acierto su papel en la comedia de la vida, y pedirles que le aplaudan si lo ha hecho bien, sino para contemplarles por última vez. Como el Alejandro el grande de la leyenda, que se niega á beber el agua de la inmortalidad por temor del hastío de la vida, comprende que ya ha gozado todo lo que el mundo puede ofrecer á los hombres, y no siente morir. Mira á sus amigos y admiradores y á los postulantes y se sonríe. Evoca el pasado: se incorpora en el lecho, y repasando todos los actos más importantes de su vida, recuerda cómo se burló de sus allegados, y de su partido, y del pueblo entero; cómo se hizo adular por la mayoría de los políticos, cómo le aborrecieron sus enemigos y cómo se los atrajo y los engañó, y cómo nadie pudo nunca vencerle, y cómo abortaron las conspiraciones y cómo el país quedó en su poder sin libertades políticas, sin aspiraciones y sin ideales, y cómo el afán de todos y de cada uno fué rendirle homenaje para conseguir posición y honores ó medios de subsistencia; y al

acordarse de todo esto, una palabra, una sola, suprema invectiva de un escéptico que ha visto tan sólo el lado bajo y grotesco de la humanidad, una palabra que es el resumen de su desdén y de su odio por todas las miserias morales que largos años de gobernante poderoso y absoluto le han obligado á tener ante la vista, va á salir de sus labios como último sarcasmo de un espíritu mordaz, y se incorpora aun más en el lecho, y mirando con los ojos muy abiertos á los circunstantes, como si quisiera abrazar con su postrer mirada á todo el pueblo uruguayo, les grita con voz vibrante que parece una carcajada: ¡imbéciles!

57178

31 ENE. 2020